

Sin embargo, sobre lo que escribían Marx, Weber, Vinogradoff, Kosminsky y todas las demás autoridades «desacreditadas» no era tanto el *campesinado* inglés como el *feudalismo* inglés, es decir, un sistema social de economía política en el que la tierra, ya fuese heredada o comprada, llevaba consigo obligaciones, generalmente calificadas de «extraeconómicas», de pagar el *arrendamiento* a un terrateniente, ya fuera en forma de productos agrícolas, servicios o dinero. Utilizar un modelo que como principal elemento de construcción conceptual usa la pequeña propiedad familiar conduce, en mi opinión, a restarles importancia a aquellos derechos y obligaciones correspondientes a la tierra que no son determinados por el mercado ni por la lógica de la producción, sino por la estructura política general del orden social feudal; de modo parecido, los que se valen de este tipo de modelo para estudiar la sociedad contemporánea se han mantenido demasiado apegados a las minucias de la organización «en la granja», al mismo tiempo que prestan una atención insuficiente a las grandes estructuras abarcadoras y a los cambios de la reforma agraria, la migración, el hostigamiento por parte de los matones del terrateniente, el cometido de la producción campesina en la economía nacional o la «racionalización» del negocio agrícola.

MEDICK, H.: "La transición del feudalismo al capitalismo: renovación del debate", en SAMUEL, R. (ed.): *Historia popular y teoría socialista*. Barcelona, 1984.

4/745 8 copias

HANS MEDICK *

LA TRANSICIÓN DEL FEUDALISMO AL CAPITALISMO: RENOVACIÓN DEL DEBATE

La reciente reanudación de la fructífera polémica que se inició en los años cincuenta sobre la transición del feudalismo al capitalismo ha tenido, hasta ahora, poca resonancia entre los historiadores marxistas ingleses.

Al principio ocurrió lo contrario. El debate empezó con la publicación, en 1946, del libro de Maurice Dobb titulado *Studies in the development of capitalism*. Exceptuando a Paul Sweezy y al historiador japonés Takahashi, escapó a la comprensión de todos los historiadores marxistas británicos que participaron en la polémica subsiguiente, que en 1955 apareció en forma de libro bajo el título de *La transición del feudalismo al capitalismo*.

La iniciativa de reanudar el debate surgió de dos historiadores norteamericanos, Immanuel Wallerstein¹ y Robert Brenner,² en 1974 y 1976, respectivamente. En Inglaterra, Rodney Hilton publicó su

* Hans Medick investiga en el Max Planck Institut de Göttingen. Su *Industrialización antes de la industrialización* (en colaboración con Peter Kriedte y Jürgen Schlumbohm) será publicado próximamente por Editorial Crítica. Su primera investigación tuvo por tema la economía política clásica en la Inglaterra del siglo XVIII.

1. I. Wallerstein, *The modern world system: capitalist agriculture and the origins of the European world economy in the sixteenth century*, Londres, 1974; trad. cast.: *El moderno sistema mundial*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

2. R. Brenner, «Agrarian class structure and economic development in pre-industrial Europe», en *Past and Present*, 70, 1976, pp. 30-75.

introducción a la nueva edición de *La transición* en el primer ensayo del número I del *History Workshop Journal*.³ Es obvio que su propósito era fomentar nuevos debates. Pero si la colocación misma del artículo de Hilton indicaba una intención programática por parte del colectivo editorial de *History Workshop*, lo cierto es que no tuvo ninguna consecuencia. En el debate en torno a la historia y la teoría que desde entonces ha comenzado con pleno vigor en las páginas y columnas de *History Workshop Journal* parece que no se recuerdan muy bien las virtudes de la tradición anglo-marxista anterior a 1956, en especial el intento de Dobb de desarrollar «teorías materiales» partiendo del cultivo de la investigación histórica y de su interés por abolir la frontera «entre los "factores económicos" y los "factores sociales" según las etiquetas que impone la moda».⁴

Al principio las cosas parecían diferentes. Los problemas que planteó Dobb en sus *Studies* fueron formativos para la génesis de la historia marxista en Inglaterra. Fueron, a decir verdad, centrales en el análisis del grupo de historiadores del Partido Comunista antes de su disolución en 1956, como Eric Hobsbawm testificó en un ensayo reciente.⁵ Pero la influencia del libro de Dobb y del debate que siguió al mismo fue mucho más lejos. Debido a su publicación en *Science and Society* y otras revistas, cabe considerarlo como el primer intento afortunado de internacionalizar el debate de los historiadores marxistas británicos.

Un efecto muy específico de este debate se hace evidente al examinar las actas de la escuela de verano del grupo de historiadores en Netherwood, en julio de 1954, sobre el desarrollo del capitalismo británico. Según Hobsbawm, esta escuela fue testigo del «esfuerzo más ambicioso» que jamás haya hecho el grupo, a saber: la planificación de un volumen de estudios que finalmente nunca llegó a completarse. Debía llevar el título de «Algunas aportaciones marxistas

al estudio de la sociedad capitalista británica». «En cierto sentido, fue un intento sistemático de ver adónde habíamos llegado tras ocho años de trabajo y adónde debía ir seguidamente la historia marxista.»⁶

Los *Studies* de Dobb y ejemplares de las aportaciones, a la sazón recientes, al debate sobre la transición en *Science and Society* se recomendaron como lecturas básicas para la escuela, aparte de los clásicos: los volúmenes I y II de *El capital*, de Marx, y *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, de Lenin. Las mismas actas de la conferencia atestiguan la influencia directa de Dobb, que aportó un artículo titulado «Nota sobre algunas cuestiones relativas al capitalismo y su desarrollo». Lo que parece más notable en este artículo es la insistencia de Dobb en que

el papel esencial en el desarrollo de la producción capitalista lo interpretó la diferenciación social en el seno del pequeño modo de producción en cuanto éste tuvo asegurado cierto grado de libertad para emanciparse de los lazos y la explotación feudales. En la medida en que este pequeño modo de producción prosperó y pudo retener dentro de sí mismo una parte considerable de su producto excedente, apareció una clase de pequeños capitalistas (pañeros en régimen de *putting-out*, o trabajo domiciliario, y agricultores reformadores) de entre las filas de los mismos productores.

Los resultados de la escuela de Netherwood en modo alguno pueden verse sólo como la aceptación del argumento de Dobb. El «informe de conclusión» de «E.J.H.» —supongo que se trata de Eric Hobsbawm— indica que hubo un debate animado y en parte polémico entre los participantes cuyos puntos principales fueron resumidos del modo siguiente por «E.J.H.».

hay una creciente convergencia de ideas, pero: Coincidimos más en cuestiones de superestructura que de base. Se necesitan más debates sobre cultura.

Necesitamos perfeccionar nuestro conocimiento del pueblo llano como determinador y configurador de la historia.

Muchos de nosotros ... tendemos a un exceso de especialización.

Es interesante observar que esta indicación *contemporánea* de los

3. R. Hilton, ed. e introd., *The transition from feudalism to capitalism*, Londres, 1976. (Hay traducción castellana: *La transición del feudalismo al capitalismo*, Crítica, Barcelona, 1977.)

4. M. Dobb, *Studies in the development of capitalism*, Londres, 1946 (edición en rústica, Londres, 1963), p. 32; trad. cast.: *Estudios sobre el desarrollo del capitalismo*, Siglo XXI, Madrid, 1979.

5. E. Hobsbawm, «The Historian's Group of the Communist Party», en *M. Cantor and Robert and their careers*.

puntos débiles del debate ofrece cierto contraste con los puntos que el mismo Hobsbawm menciona en *retrospectiva* y en su reciente ensayo. Aunque utilizó la misma fuente que yo —y que algunos otros también—, hace alusión a un solo punto —bastante específico— de su informe de conclusión —si éste es suyo— y pasa por alto los otros puntos —fundamentales— que he citado antes. En 1978 escribió la siguiente versión abreviada de lo que en 1954 se consideraron puntos débiles y, por consiguiente, tareas para el futuro: «Según la conclusión que sacamos de esta experiencia y de otras, nuevos puntos débiles se referían especialmente a la historia de la explotación imperialista y colonialista, de la historia escocesa, galesa e irlandesa y al “papel de las mujeres en la vida económica”⁷». Está claro, a juzgar por la última afirmación del resumen, que esta memorable conferencia hay que entenderla no sólo como una relación de déficits empíricos. También hay que verla como una declaración del propósito de escribir en el futuro la historia del capitalismo británico como una «historia de la sociedad», como una historia económica, social y cultural desde el punto de vista del «pueblo llano como determinador y configurador de la historia».

Estos objetivos de gran alcance se cumplieron sólo parcialmente en la división especializada del trabajo que hicieron los historiadores marxistas británicos después de 1956. Lo que en 1954 se preveía como un gran proyecto cooperativo se dividió en varias partes. Esto es tan cierto en el caso de los historiadores económicos como en el de los historiadores que, a partir de aquel momento, desarrollaron de forma tan fructífera la historia de la vida, la cultura y la política de la clase obrera. Los dos discursos que se habían juntado bajo la presidencia de la «benévola abadesa» Dona Torr y con el buen espíritu de la «economía política histórica» de Maurice Dobb siguieron ahora por caminos separados. Desde el punto de vista histórico, esto hay que considerarlo como una pérdida, incluso hoy en día. Desde aquel momento hasta los años setenta fue relativamente escasa la mutua puesta en duda de suposiciones categóricas fundamentales y hasta hace poco no se hicieron muchos esfuerzos por conseguir una «historia sintética de la sociedad».

Si la examinamos sobre este fondo de potencialidades no cumplidas y de grandes proyectos que sólo se realizaron en parte, la re-

ciente reanudación del «debate sobre la transición» se nos aparecerá como una verdadera continuación de este extenso discurso sólo en algunos de sus aspectos.

Pero, antes de seguir adelante, volvamos a Dobb y a Sweezy: Dobb interpreta el desarrollo y la crisis del sistema feudal como una consecuencia de la dinámica interna y las contradicciones de sus relaciones sociales y productivas. La periódica «sobreeplotación» de la mano de obra campesina en un sistema en el que el productor inmediato controlaba la producción y en el que, por ende, el terrateniente sólo podía aumentar el excedente mediante una mayor aplicación de fuerza directa sobre el campesino era, a juicio de Dobb, un rasgo esencial de las relaciones feudales de producción. Al mismo tiempo, esta «sobreeplotación» ocasionó el estancamiento de la productividad del sistema feudal y fue el «principio motor» de su disolución. Sweezy, por el contrario, opinó que el feudalismo no llevaba dentro de sí las semillas de su disolución. Hicieron falta elementos externos para que evolucionase.

Sweezy localizó este «potencial creativo» no en las relaciones de producción y de explotación directa, sino en la esfera de la «circulación de mercancías». Las fuerzas «creadoras de mercado» del capital mercantil y comercial fueron, a su juicio, la causa decisiva que condujo a la disolución del feudalismo y a la transición al capitalismo.

Dobb, en su polémica con Sweezy, en modo alguno subestimó la importancia que la economía urbana y las relaciones de intercambio entre ciudad y campo tuvieron en el desarrollo y la crisis del feudalismo. Sin embargo, no creía en su efecto disolvente final. Para él, la economía urbana, el comercio y la circulación de mercancías no eran factores *externos* al sistema feudal que conducían necesariamente a la transición al capitalismo, sino que, al contrario, estos factores eran determinados y limitados de modo decisivo por él.

La explicación que ofrece Dobb de los orígenes del capitalismo sólo puede encontrarse indirectamente en su análisis de las contradicciones internas del feudalismo. De manera característica, no obstante, su explicación refleja su concepto del limitado potencial de crecimiento de la producción agraria y artesano-industrial bajo el sistema feudal. El desarrollo de las relaciones capitalistas de producción —al menos en el caso que Dobb califica de «clásico». el de

Inglaterra— se describe como un proceso que en gran parte se genera a sí mismo. Tiene lugar —por decirlo así— en un vacío social, en los intersticios del sistema feudal, y aparece como el «nacimiento casi autónomo de una clase capitalista de las filas de la producción misma».

Así, pues, según Dobb, el capitalismo nace como un proceso genuino de desarrollo protocapitalista. Sus rasgos esenciales se ven en la «acumulación de capital dentro del pequeño modo de producción mismo y de ahí... el arranque de un proceso de diferenciación de clases dentro de esa economía de pequeños productores». Al encontrar este proceso de acumulación y de diferenciación de clases, Dobb recalca principalmente las actividades del pequeño empresario. Los campesinos-*kułaks* y los artesanos de escala media transformados en capitalistas son para él los verdaderos representantes de la transición «revolucionaria» hacia el capitalismo, la cual, sin embargo, no analiza de forma suficiente como proceso de transición. Terratenientes, mercaderes-capitalistas y grandes empresarios del tipo «sombarriano» generalmente no se oponen al desarrollo, sino que aparecen como representantes del sistema feudal, como proponentes de la vía «no revolucionaria».

Al llegar a este punto, la «economía política histórica» de Dobb no parece librarse de los peligros de un análisis, el cual se escribe desde el punto de vista de una «historia desde abajo», pero trabaja con paradigmas de una «historia desde arriba». Está claro que a lo que da importancia no es al análisis de la «amplia base social» de este proceso de acumulación protocapitalista y de formación de clases. Esto hay que buscarlo en la historia de los pobres con propiedades y las clases sin propiedades —tanto urbanos como rurales en ambos casos— formadas por los braceros subordinados, los campesinos modestos y los pobres, cuyo papel de «pueblo llano determinador y configurador de la historia» no tiene su principio en los orígenes del protocapitalismo. Como han demostrado recientemente Guy Bois, Catherine Lis y Hugo Solý⁹ en sus interesantes y convincentes libros, estos pobres con propiedades y estas clases sin pro-

8. M. Dobb, «From feudalism to capitalism», en Hilton, ed., *op. cit.*, p. 167.

9. G. Bois, *Crise du féodalisme. Économie rurale et démographie en Normandie Orientale du début du 14^e siècle au milieu de 16^e siècle*, París, 1976; C. Lis y H. Solý *Domestic and commercial capitalism in semi-industrial France*, Harcourt, 1970.

iedades hay que verlas como una fuerza esencial en la producción y la reproducción del sistema feudal y, en términos económicos también, como la «amplia base» de la que pudo nacer el protocapitalismo. La «acumulación primitiva» la ve Dobb demasiado a la luz de un proceso de «acumulación original», cuya característica principal es la de ser «previa» al capitalismo industrial. Aquella otra forma de «acumulación previa» que ocurrió como proceso discontinuo e intermitente en el sistema feudal y que últimamente ha analizado Guy Bois no entra en el análisis que hace Dobb de los orígenes del capitalismo.

Lo que hace falta es, pues, un enfoque en el que el análisis del protocapitalismo esté más estrechamente integrado en la investigación de la disolución de la sociedad feudal. Puede que a este efecto tengan cierta pertinencia la labor reciente y en curso sobre la industrialización rural que me interesa a mí y a varios amigos y colegas. Esta labor nació de la observación de que la manufactura en masa de mercancías artesano-industriales para los mercados suprarregionales e internacionales entre el siglo XVI y principios del XIX fue en gran medida un fenómeno rural. Iniciada por vez primera a finales de la Edad Media, la producción de mercancías industriales, especialmente textiles y metales, fue abandonando progresivamente las ciudades para organizarse como industria familiar en el campo, donde se dedicaban a ella por un igual campesinos-*kułaks* y mercaderes-capitalistas-*putters-out* (es decir, comerciantes ejerciendo como patronos de trabajo a domicilio). Una precondición esencial de este proceso fue el aumento de la diferenciación de las clases y de la polarización de la población rural, fenómenos que, sin embargo, no hay que ver forzosamente como consecuencia de un previo despojo del campesinado a causa de la acumulación primitiva.

Era un rasgo que, al menos en sus orígenes, formaba parte integrante del desarrollo de la sociedad feudal-agraria. Asimismo, el aumento del número de pobres sin propiedades y de pobres con propiedades a menudo no privaba por completo a estos pobres de su base agraria ni de su reclamación de derechos consuetudinarios. Para salvaguardar su subsistencia habitual por medio de estos derechos, con frecuencia entablaban con gran éxito una lucha de clases contra la apropiación feudal y también contra sectores de la burguesía pueblerina. Al final, esto no siempre impedía la acumulación

capitalista en el pueblo como ha afirmado Robert Brenner.¹⁰ Puede decirse, por el contrario, que la hacía posible. Por un lado, trabajar como jornaleros o en empleos industriales complementarios y mal retribuidos era con mucha frecuencia el medio que permitía a estos pobres rurales sub-empleados conservar su forma de vida, basada en la economía familiar, en condiciones de creciente miseria. Esta miseria no les habría permitido subsistir gracias exclusivamente a las labores agrícolas en sus propias parcelas y al usufructo de sus derechos consuetudinarios. Por otro lado, en muchas regiones de Europa uno de los rasgos centrales del crecimiento del capitalismo en el campo eran los beneficios extras que podían obtenerse explotando esta situación de vida marginal y el trabajo de los pequeños productores rurales. La situación marginal de «nulas oportunidades» imponía frecuentemente a estos pequeños productores familiares cierta medida de autoexplotación para la mera supervivencia, autoexplotación que les hacía producir y reproducir por debajo de sus costes de mano de obra. En el otro lado, esta misma situación permitía al *putter-out* capitalista obtener un «beneficio diferencial» específico superior al beneficio que podía obtenerse en las manufacturas.

Adoptando de nuevo la perspectiva de la polémica Dobb-Sweezy, de este proceso de desarrollo protocapitalista a través de la industrialización rural bien puede decirse que pertenece a la segunda fase de la disolución del feudalismo y que propablemente fue su *primum movens*. Mientras que la primera fase de dicha disolución empezó en la alta Edad Media al originarse una división del trabajo entre la ciudad y el campo y generarse capital mercantil a través de una forma de «colonialismo urbano», la segunda fase se caracteriza por la inversión de la citada división y el creciente recurso del capital mercantil a organizar industrias rurales en el campo sobre una base regional. Queda por ver, sin embargo, si a la industrialización rural se la puede considerar una fuerza motriz en la segunda fase de la disolución del sistema feudal y, en caso afirmativo, en qué medida lo fue.

10. Brenner. *op. cit.*, passim.

NOTA SOBRE BRENNER Y WALLERSTEIN

La relación y las interacciones entre las esferas «exterior» e «interior» —esto es, la dinámica de las relaciones de intercambio y comercio— y la transformación de modos y relaciones de producción en la ciudad y el campo fueron el legado esencial del debate Dobb-Sweezy. No es ninguna sorpresa, pues, que este problema sea de la mayor importancia para los dos autores que fueron los principales artífices de la reanudación del debate sobre la «transición»: Robert Brenner e Immanuel Wallerstein.

La obra de Robert Brenner muestra bien a las claras que es partidario de Dobb y contrario a Sweezy,¹¹ incluso allí donde discrepa de Dobb en algunos puntos importantes. Por un lado, queda rezagado de Dobb al tomar la «constelación de clases» y el «conflicto de clases» como factores principales del desarrollo económico. Pero trata este aspecto desde un punto de vista excesivamente legal-institucional y en términos de sus efectos políticos periféricos. Pasa por alto las contradicciones económicas específicas del modo feudal de producción, que incluyen también, como momento integrante, el desarrollo demográfico y las relaciones de mercado a través de las cuales se constituyeron los tipos de intercambio, las tendencias de los precios, los salarios reales y las rentas feudales.

Por otro lado, Brenner va más allá que Dobb. No comparte la opinión general de que las relaciones capitalistas de producción surgieron en la esfera de la pequeña producción. En vez de ello, establece una diferencia entre las diversas condiciones jurídico-políticas y socioeconómicas en los comienzos de la Europa moderna y ve un solo caso, el de Inglaterra, como ejemplo de transición «afortunada» al capitalismo. Arguye, a este respecto, que el «cortocircuito» de la aparición de la pequeña propiedad campesina¹² y la re-tención del extenso control de la propiedad rural por parte del terrateniente, incluso después de la abolición de la servidumbre de la gleba, constituyeron la condición decisiva para el crecimiento de

11. Véase especialmente R. Brenner, «The origins of capitalist development: a critique of neo-Smithian Marxism», en *New Left Review*, 104 (1977), pp. 25-92; y R. Brenner, «Dobb on the transition from feudalism to capitalism», en *Cambridge Journal of Economics*, 2 (1978), pp. 121-139.

12. Brenner, «Agrarian class structure», p. 47.

una relación «productiva» entre terrateniente y agricultor capitalista. En Inglaterra el crecimiento del capitalismo requirió la explotación de los pequeños productores agrarios y su reducción a la condición de asalariados. Sobre estos cimientos el antagonismo entre agricultores y asalariados feudales podría hacer lugar para la «cooperación» entre agricultor y aristócrata (por medio de mejoras, inversiones e innovaciones agrícolas), y, a partir del siglo XVI, para la introducción de un desarrollo agrario-capitalista basado en la inversión de capital y el incremento de la productividad. Ésta, dice Brenner, fue la «clave del singular éxito que tuvo el desarrollo económico general de Inglaterra». ¹³

Brenner contrasta Inglaterra con otras sociedades y regiones europeas —por ejemplo, Francia o el centro de Europa— donde el resultado del conflicto de clases entre terrateniente y campesino y de la abolición de la servidumbre de la gleba fue el fortalecimiento de los derechos de propiedad de los campesinos. Falta aquí la «base agraria» para una completa evolución económica hacia el capitalismo. Tanto la dinámica «autoproductiva» de una economía campesina como la fuerte exacción fiscal del excedente campesino por parte del estado absolutista obstruyeron el desarrollo de relaciones terrateniente-campesino. En consecuencia, quedó bloqueado un proceso de reproducción y acumulación en expansión continua, basado en la inversión de capital y los aumentos continuos de la productividad. ¹⁴ Incluso allí donde (como, por ejemplo, la viticultura, la horticultura y la producción de leche, o a través de la introducción de nuevas cosechas como el lino) se consiguió una subida considerable de los ingresos basándose en la economía de la pequeña agricultura campesina, no se creó, según Brenner, una base para el desarrollo de las relaciones capitalistas de producción en el sector agrícola o en el manufacturero-industrial:

... por lo general, este tipo de agricultura producía un aumento de los rendimientos a través de la intensificación del trabajo más que de la mayor eficiencia de una unidad determinada de «input» de trabajo. Por lo tanto, no producía «desarrollos», excepto si se utiliza el término en un sentido restringido y, de hecho, equívoco. ¹⁵

13. *Ibid.*, p. 63.

14. *Ibid.*, pp. 68 ss.

15. *Ibid.*, p. 64.

La fijación de Brenner en el modelo inglés le impide formular la pregunta acerca de una «vía campesina hacia el capitalismo», pregunta que hizo Dobb y que recientemente J. de Vries y Eric Hobsbawm volvieron a introducir en el debate. ¹⁶ Brenner presta poca atención a las posibilidades y limitaciones de desarrollo en el «microcapitalismo» campesino (Braudel) y la base de éste en la peculiar lógica de la «microacumulación» campesina (cuyas formas menos importantes no son el adeudo, a través del matrimonio y la herencia). Tampoco se ocupa de una de sus condiciones básicas: el fortalecimiento de la diferenciación de clases entre los mismos productores agrícolas que ya existía bajo las relaciones feudales de producción y condujo a formas de dependencia o casi dependencia salarial. Estos problemas de la «vía campesina» siguen por investigar en su mayor parte y, pese a ello, deberían ser cruciales para las zonas centroeuropeas, sobre todo en el campo que rodea a los centros urbanos; para los Países Bajos; y también para Francia del siglo XVI al XIX. ¹⁷

La tesis más ambiciosa de Brenner —que el éxito de la resistencia campesina a la sobreexplotación dentro del sistema feudal impidió no sólo el avance del capitalismo en la tierra, sino también en el conjunto de la economía— no toma en consideración las cuestiones con las que empieza Wallerstein. El argumento de Wallerstein se encuentra en un análisis secundario y muy documentado que lleva el título de *El moderno sistema mundial. La agricultura capitalista y los orígenes de la economía mundial europea en el siglo XVI* y en algunos estudios y críticas provechosos y más cortos, principalmente conceptuales, que hay que poner a su lado. ¹⁸

Para Wallerstein, al igual que para Brenner, el punto de partida lo constituye el desarrollo desigual de las sociedades de los prin-

16. J. de Vries, *The Dutch rural economy in the Gold Age 1500-1700*, New Haven, 1974, y E. Hobsbawm, «Capitalisme et agriculture: les réformateurs écosais au 18^e siècle», en *Annales E.S.C.*, 33 (1978), pp. 580-601.

17. H. Harnisch, «Produktivkräfte und Produktionsverhältnisse in der Landwirtschaft der Magdeburger Börde von der Mitte des 18. Jhs. bis zum Beginn des Zuckerrübenanbaus in der Mitte der dreissiger Jahre des 19. Jhs.», en H. J. Rach, ed., *Landwirtschaft und Kapitalismus: Zur Entwicklung der ökonomischen und sozialen Verhältnisse in der Magdeburger Börde vom Ausgang des 18. Jahrhunderts bis zum Ende des 1. Weltkrieges*, 1, Berlín, 1978, pp. 67-173.

18. Véase Wallerstein, *op. cit.*, e I. Wallerstein, *The capitalist world economy*, Cambridge, 1978.

cipios de la Europa moderna. Pero este desarrollo no lo ve como el fruto de múltiples y diversas transiciones indígenas del feudalismo al capitalismo, con Inglaterra, como precursora, corriendo a la cabeza. Lo ve como la consecuencia de una relación mundial-económica unificada en la que la división del trabajo y el intercambio de mercancías configuran de forma creciente la relación de unas unidades económicas con otras. Y, por consiguiente, para Wallerstein no hay muchas, sino una sola transición del feudalismo al capitalismo. Ésta tiene lugar durante el «largo siglo XVI» (Braudel) entre 1450 y 1640 y coincide con el comienzo de un «sistema capitalista mundial» global.

Esta crónica breve y resumida podría dar la impresión de que Wallerstein critica las suposiciones de los teóricos del siglo XIX y la influencia que las mismas tuvieron en el siglo XX, en la teoría de la modernización y en la ciencia social (carácter modelístico del desarrollo inglés-europeo-norteamericano del capitalismo y la posibilidad de que lo imitasen los países subdesarrollados). Pero sus intenciones como historiador son más serias y más críticas. En el carácter históricamente concreto de sus análisis, en su categorización y en la simpatía constructiva con la que Wallerstein aplica a su labor sus propias experiencias en el «tercer mundo» (como africanista y sociólogo de los movimientos de liberación africanos), deja muy atrás cualquier intento de formular una teoría de la modernización.¹⁹

Wallerstein revela la génesis del capitalismo como proceso, que no puede explicarse de modo suficiente en términos de factores immanentes o factores endógenos. La dinámica de este desarrollo puede dispararla la «crisis del feudalismo» y representa un «prerequisito clave para una solución de la crisis del feudalismo». ²⁰ Pero no hay que reducirla a esta impulsión. Más bien sacó fuerzas, en el principio mismo, de conexiones específicas de una división extrarregional del trabajo y, en contraste con la exacción directa del sistema feudal, una exacción indirecta a través de un intercambio desigual. De esta manera, mediados por el mercado mundial, se pusieron en movimiento y se vincularon dos procesos simultáneos: el desarrollo de las zonas esenciales de acumulación capitalista en el

19. Véase «Modernization: requiescat in pace», en Wallerstein, *The capitalist world economy*, pp. 132 ss.

20. Wallerstein, *The modern world system*, p. 38.

notoeste de Europa por un lado y, por otro, la explotación y el subdesarrollo estructural de zonas periféricas (la América latina, la Europa oriental) así como el rechazo de subcentros iniciales hacia la «semiperiferia» (España, Portugal, Italia y la Alemania meridional) (cf. la proximidad de estas tesis a las del teórico e historiador del «subdesarrollo estructural» A. G. Frank,²¹ proximidad que Wallerstein reconoce sin reservas).

El «invernadero» para este desarrollo fue el comercio extra-regional, el cual, si bien a veces transcurría pacíficamente, más a menudo era secuela de la guerra, la piratería y la apropiación forzosa de territorio. El «comercio madre», basado principalmente en el intercambio de cereales de la Europa oriental por productos manufacturados de la Europa occidental e importaciones de ultramar (especies, oro y plata) y estrechamente relacionado con la economía basada en el Mediterráneo, había transcurrido con relativamente poca agresividad. Pero ya en el siglo XVI, apareció, arracimado en torno a esta economía relativamente pacífica, un sistema mundial de comercio e intercambio en el que los esclavos del África occidental tenían tanto de mercancía como el oro y la plata de Hispanoamérica.

La importancia de la labor de Wallerstein en este contexto radica en su reconocimiento de que estas relaciones ya conocidas de comercio e intercambio eran a la vez causa y consecuencia del desarrollo de una división del trabajo extra-regional, estructurada e interdependiente. Dentro de una economía mundial única Wallerstein descubre una divergencia complementaria de los modos y relaciones de producción: ve la economía mundial dividida en zonas de producción geográficas claramente definidas y especializadas que son al mismo tiempo interdependientes y complementarias desde el punto de vista funcional. La *divergencia* se manifiesta tanto en términos de productos (cereales del este de Europa/artículos manufacturados del oeste de Europa) como de la intensidad relativa de «control del trabajo»: el grado de coerción aplicado a la fuerza laboral variaba según la estructura de las relaciones de clase dentro de formaciones socioeconómicas diferentes. Sin embargo, la *complementariedad* de los modos de producción la determinaba en última instancia el deseo universal de sacar el máximo beneficio en el mer-

21. A. G. Frank, *World accumulation 1492-1789*, Londres, 1978.

cado mundial. Con este fin se utilizaba «mano de obra forzada» para la producción de cosechas de salida fácil en las zonas periféricas (en las propiedades feudales de las zonas productoras de cereales de la Europa oriental se obtenían servicios laborales después de la introducción de la segunda servidumbre de la gleba, mientras que en las plantaciones antillanas se usaba el trabajo de los esclavos y en las minas de la encomienda latinoamericana se recurría al trabajo forzado). En las «zonas esenciales» la norma era la «mano de obra libre» (modestos campesinos que producían artesanía y asalariados), mientras que en la «semiperiferia» —sobre todo en la Europa meridional— completaban el sistema formas intermedias como la *aparceña* (*mezzadria*).

Habida cuenta del número de cuestiones planteadas por Wallerstein, sería un error condenarle sencillamente por ser un seguidor neo-marxista de Adam Smith, obsesionado por los problemas del intercambio y la circulación.²² Aportando los problemas no resueltos planteados por el debate Dobb/Sweezy (la interacción de elementos «internos» y «externos» en el capitalismo naciente), Wallerstein hace una aportación importante, que merece consideración crítica y más investigación.

MICHAEL IGNATIEFF *

DE NUEVO SOBRE LA ACUMULACIÓN PRIMITIVA

A juicio de Marx, en la descripción que del sistema capitalista hace la economía política clásica no había mistificación más fundamental que su silencio sobre la violencia, la expropiación y el desposeimiento forzoso que acompañaron a su creación. La economía política se limitó a dar por bueno un orden social dividido entre capitalista y obrero, terrateniente y bracero agrícola sin tierra. Presentó todo esto como categorías sociales inmemoriales y lo hizo con el objeto de pintar el sistema como algo natural que no necesitaba justificación alguna. Sin embargo, la única manera de hacerlo era sepultando en el olvido la verdadera historia de la acumulación capitalista. No podía preguntarse por qué se había desposeído a los campesinos de su tierra, a los artesanos de sus herramientas y telares, a los labradores de sus parcelas y huertos; y, pese a ello, esta prolongada expropiación, esta acumulación primitiva, había reunido las unidades de tierra y capital necesarias para el desarrollo capitalista y reducido por fuerza a la mano de obra a la condición de esclavitud asalariada. Esta acumulación primitiva, conseguida con la ayuda del correccional del estado, de su patíbulo y de su verdugo, era el secreto de la formación del propio capitalismo que los economistas políticos no podían reconocer.

* Michael Ignatieff es uno de los directores de *History Workshop Journal*; autor de *A just measure of pain* (Nueva York, 1978), estudio de los orígenes dieciochescos del sistema penal; codirector del proyecto del King's College de Cambridge sobre *The wealth of nations and classical political economy*.

22. Brenner, «The origins of capitalist development».